



**Las sonrisas
gastadas**

Adriana Serlik



LAS SONRISAS GASTADAS

ADRIANA SERLIK

© 2006. Adriana Serlik
Todos los derechos reservados.

© Portada diseño Íttakus (www.ittakus.com)



Edición cortesía de www.publicatuslibros.com quedando rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin expresa autorización de su autor/a.



Las sonrisas gastadas

Homenaje a Rosa Chacel

El Colorao

Serafín

Saturnino Pablo

Silencio de redonda

Emilce

El armario

La autora

*“...El principio ha dado a luz el final
Todo continuará igual
Las sonrisas gastadas
El interés interesado
Las preguntas de piedra en piedra
Las gesticulaciones que remedan amor
Todo continuará igual...”*

Alejandra Pizarnik

HOMENAJE A ROSA CHACEL

Cuando Doña Soledad subía por el camino a la ermita tropezó con el sombrero.

El sombrero, el bastón y la cesta con la fruta reposaban al borde del camino. Timo se alejaba corriendo tras Rosa que esgrimía un pequeño parasol tornasolado.

Eran aquéllos, días suaves y largos con el sol entrando por la celda fresca junto al murmullo del agua en las fuentes.

Mientras Rosa escribía, Timo dibujaba y pintaba. Muchas veces ambos cargaban caballetes y pinturas y recorrían las sendas buscando los mejores paisajes hasta que el cansancio les hacía regresar.

Y el sol de Timo se transformaba en cientos de soles diferentes, como si aventurara, sin saberlo, los soles de otros horizontes que cogería entre sus colores atravesando océanos, ríos y mares.

Pero ahora, en esos años, su sol era madrileño y serrano.

Cuando salían de San Fernando y caminaban por la Gran Vía añoraban sus horas veraniegas, cuando estaban en Rascafría esperaban con alegría a poetas y pintores.

El último verano no fue como todos, Rosa buscaba un espacio algo más grande para el niño.

El verano pasado pintando y riendo había terminado, ahora la guerra, la salida hacia París y la tristeza por tantos amigos abandonados a su suerte, tantos sueños cayendo por el Lozoya y muriendo entre las zarzas y los matorrales.

Y la lucha por sobrevivir en Buenos Aires, Río o en pequeñas ciudades.

Lo recuerda Rosa, ahora nonagenaria y yo busco en las sendas, en las celdas y en alguna casa, el rastro de Rosa y Timo por los veranos de Rascafría.

EL COLORAO

*“Estaba tumbado boca abajo,
sobre
una capa de agujas de pino de color castaño,
con la barbilla apoyada en los brazos cruzados,
mientras el viento, en lo alto, zumbaba entre las copas...”*
Ernest Hemingway
“Por quién doblan las campanas”

Venía caminando desde el Hotel Florida por la Gran Vía. Hacía frío, cerró el abrigo y recolocó su boina. El viento venía del norte y los transeúntes se acercaban a los muros para cobijarse, las aceras estaban mojadas, había llovido toda la noche.

Antoine había salido, el coche lo había recogido hacía una hora y habían quedado en encontrarse más tarde.

Divisó la Cibeles y apresuró el paso. El camión estaba en la puerta del Palacio de Correos. El conductor lo ayudó a subir. Buscó un espacio entre las sacas de comida y las cajas y fue en ese momento en que vio a la niña.

Encogidita abrazaba un atado, sentada de espaldas a la pequeña ventanilla de la cabina del camión. Al final de sus largas y delgadas piernas sobresalían unos zapatos, dos números mayores que sus pies, envueltos en unos calcetines gruesos tejidos en varios tonos de lana.

—Debemos esperar un poco —gritó el conductor.

Subió una mujer cargada de varias bolsas y se sentó cerca de la niña. Su melena alborotada caía sobre un abrigo gris militar. Observó al hombre con interés, él la miró extrañado; recordaba su cara. Intentaba unir ese rostro a su recuerdo...

Al extender las piernas vio que iba vestida con chaqueta y pantalón militar.

La mujer, con suma delicadeza, habló suavemente a la niña quien asintió con la cabeza. Abrió una de las bolsas y ofreció a la pequeña una naranja. Sacó otra y sin hablar la ofreció al hombre que movió negativamente la cabeza.

Oyeron ruidos en la cabina y el camión se puso en marcha. Las cajas y pacas que se apiñaban a su alrededor les protegían algo del frío.

El hombre sacó un cigarrillo y tocó su bolsillo donde reposaba su petaca de plata, siempre llena en un viaje como éste.

La niña, con gran cuidado, terminó su naranja y sacando un inmenso pañuelo del atadito se limpió las manos, el zumo de la naranja había perfumado el camión.

Observaba a sus compañeros de viaje alternativamente, su atención estaba más tiempo fija en las grandes bolsas de la mujer.

Ésta abrió con cuidado la cartera que llevaba en bandolera, sacó una cámara fotográfica. Apuntó hacia la calle, el cielo y los árboles, sólo miró, no sacó fotografías. Envolvió lentamente la cámara en un gran paño y volvió a guardarla.

El hombre extendió su mano hacia la mujer.

—¿Nos conocemos, no?

—Hace años nos presentó Weston, en Madrid nos hemos visto en una reunión con Pepe Quintanilla.

—Sigues con la cámara... no recuerdo tu nombre.

—Tina, aquí María.

El camión fue subiendo por la carretera y entró en el pueblo de Fuencarral. Se detuvo y cargaron más sacas.

La niña se había dormido; María sacó un enorme poncho y la cubrió. Había disminuido la fuerza del viento y un sol tibio alegraba la mañana.

El hombre se levantó y extendió sus fuertes piernas, buscó un cigarrillo y ofreció uno a la mujer que lo aceptó rápidamente.

Se veía un gran movimiento alrededor del camión, la soldadesca cargaba las sacas amontonándolas con cuidado, cayó un poco de harina que cubrió suavemente el rostro de la niña dormida.

$\frac{3}{4}$ Parece algo enferma y está demasiado delgada —dijo María.

$\frac{3}{4}$ Los niños son los que más sufren esta maldita guerra —contestó el hombre.

—Y esto no terminará aquí. ¿Has leído las noticias de Alemania?

El hombre extrajo la petaca y ofreció a María que bebió un pequeño trago.

—Es fuerte. Esto sí que calienta.

El camión volvió al camino.

—Ese poncho... ¿mejicano?

—Poco pude llevarme pero el poncho siempre ha estado conmigo. He leído algunas crónicas tuyas aunque sé que en España lo que más te gusta son los toros.

—Los toros y ahora tengo que escribir sobre la guerra... Los toros y el vino, eso es lo que más me gusta. Qué lejanas parecen aquellas fiestas corriendo delante de los toros, o en la plaza gritando.

—Algo vi en México pero no me gusta esa fiesta sangrienta. Si hay que morir que sea por algo que valga la pena, la justicia, la libertad, la igualdad, soy sólo una fotógrafa de la realidad.

—Estamos hablando de morir, viajando en un camión lleno de sacas para soldados, viniendo de una ciudad que está siendo bombardeada y yendo hacia el frente... mientras comemos una naranja y cubrimos con un poncho a una niña dormida con la cara blanca de harina.

Ambos quedaron en silencio; contemplando el paisaje, se fueron adormilando. María se acercó a la niña y cubriéndola con el poncho colocó su boina y se durmió.

Viajaron dos horas hasta que les despertó un fuerte salto del camión. Habían entrado al valle.

La niña abrió los ojos y tímidamente volvió a sentarse cerca de la ventanilla, envolviéndose en el poncho. María se alisó el cabello, estiró sus brazos y tocó suavemente la frente de la niña mientras le preguntaba.

—¿Quieres otra naranja?

La niña asintió y extendió la mano a la naranja y un trozo de pan negro.

¾ ¿Una para ti? —dirigiéndose al hombre que hizo una seña para que la guardara en la bolsa de la niña.

El camino estaba lleno de agujeros y barro, se veían a lo lejos algunos hombres pastoreando algo de ganado y pequeñas huertecitas con algunas verduras.

Se oyó desde la cabina la voz del conductor, decía que el río grande iba poco crecido.

Cruzaron varios puentes de madera y pequeños pueblos donde la gente se asomaba a las puertas saludando.

¾ Falta poco —dijo el conductor— es el último puente. Y hay una fuente de buena agua. Bajemos a refrescarnos.

María y la niña se alejaron detrás de un matorral.

—No te preocupes, nadie te mira —dijo María.

El hombre y el camionero orinaron contra una piedra charlando sobre lo que faltaba del camino.

María, con un pequeño pañuelo, limpió la cara de la niña. Acercaron la boca al grifo y bebieron largamente.

—Yo me llamo María y... ¿tú?

—Paz.

—Vamos, que nos falta poco —gritó el camionero.

El camión siguió saltando por agujeros, piedras y barro.

Por fin giró, entrando a un pueblo de calles polvorientas. Pronto estuvo rodeado de niños y soldados que los saludaban.

Un pequeño de unos seis años, con unos grandes pantalones, heredados probablemente de sus hermanos, se quedó observándolos.

—Alameda —gritó el conductor.

—Debo ir a la comandancia y luego descargar en el Batallón del Disciplinario, ¿se hacen cargo de la niña?, sigo hasta Rascafría.

—¿María, tú también sigues? —preguntó el hombre.

—Sigo, pero en este rato podemos comer algo.

¾ ¿Dónde podemos comprar comida? —preguntaron al pequeño.

Los niños comenzaron a corear, ¡le han hablado al Colorao, le ha tocado al Colorao...!

—La Felipa... allí hay comida.

—¿Y un vinito?

—En El Colorao.

María cogió a Paz de la mano y fueron subiendo por la calle principal, pasaron por la puerta de la Botica y María murmuró:

—Esperad un momento.

Salió con dos pequeños cartuchos de caramelos, uno lo guardó en la bolsa de la niña, el otro se lo dio al pequeño Colorao.

Siguieron caminando, cuando pasaron por la puerta de la Comandancia el camionero entregaba la saca de correos a un soldado.

Se enfrentaron, luego de una pequeña plaza, con una casa alta de dos plantas y una pocilga en un costado, la casa de la Felipa. Olía a grasa, jabón y arenques.

Compraron una hogaza de pan negro y algo de matanza.

El pequeño Colorao los acompañó a la plaza del pueblo, frente al ayuntamiento, la taberna de su padre, El Colorao Mayor.

Se sentaron sobre unos tablones, cortaron la hogaza y la matanza mientras caía del pellejo un vino oscuro y perfumado en los pequeños vasos de vidrio.

La mujer del Colorao sacó de las brasas una patata que entregó a la niña mirándola con afecto.

¾ Es la sobrina de Teresa Aguirre —comentó.

—Aquí te pondrás bien.

El hombre sacó un cuaderno, y comenzó a escribir mirando de vez en cuando la leña baja:

“Estaba tumbado boca abajo, sobre una capa de agujas de pino de color castaño...”

María buscó la cámara, la limpió con cuidado y llamando al pequeño Colorao y a Paz a la calle, los sentó sobre el borde de la fuente y tomando distancia sacó la primera fotografía.

El hombre sintió una mano fría que le rozaba el cuello, sorprendido se giró y se encontró con la sonrisa de Antoine.

¾ Colorao, otro vinito para el aviador —gritó.

¾ Otro para mí —dijo María, mientras abrazaba a Antoine y le daba dos sonoros besos en las mejillas.

¾ Ya estamos todos los locos del mundo —gritó Antoine.

El pellejo llenó muchas veces los vasos y sus gritos y risotadas sonaron en la pequeña taberna.

¾ Ahora a brindar, brindemos por la justicia social, la libertad y la igualdad... —dijo María.

¾ Y una foto para recordar este brindis con los pequeños principitos —gritó Antoine.

Salieron, María¹ eligió el lugar y explicó a la mujer del Colorao cómo tenía que apretar el botón de la cámara, luego posó entre Ernesto² y Antoine³, el pequeño Colorao y Paz contra el muro de la Taberna.

¹ Tina Modotti (María) muere en México el 5 de enero de 1942, se cree que fue asesinada

² Ernest Hemingway se suicida el 2 de julio de 1961 en Idaho, Estados Unidos.

³ Antoine Saint Exupery desaparece con su avión el 31 de julio de 1944 en una misión de reconocimiento en Francia.

SERAFÍN

Marisol se detuvo frente a la higuera, le habían dicho que a cincuenta pasos estaba la gran puerta. Se acercó a la entrada y dejó el ramo de margaritas y rosas junto al muro; la cancela estaba cerrada.

Regresó pensativa por el mismo camino. Las piedritas se colaban en las sandalias obligándole a mover los pies para que cayeran de nuevo al camino del que formaban parte. Había llovido y mientras esquivaba los charcos con pequeños saltos imaginaba a su madre, pequeña, corriendo y saltando por el mismo camino. No se sentía cómoda. Una sensación de inquietud le había acompañado hasta la gran puerta de metal que custodiaba la entrada del cementerio. Cumplir aquella promesa no le molestó, pero el desconocimiento, el no saber por qué se había hecho, le producía una sensación de inquietud que no podía disimular.

Recorrió la calle Mayor hasta llegar al hotel. Antes de pedir las llaves de la habitación tomó una bebida fría. Minutos más tarde subió a ducharse. Lanzó las sandalias al aire, se desnudó y corrió al baño para quedarse largo rato bajo el agua tibia de la ducha.

Una promesa siempre debe cumplirse, le había dicho su madre mirándola a los ojos.

El teléfono sonaba insistente, una y otra vez, pero Marisol no se levantó, sabía que era ella la que insistía al otro lado de la línea. No tenía ganas de hablar. Se vistió y salió a la calle. Se sentó en una horchatería, al aire libre, bajo uno de los toldos naranjas.

Había llegado la mañana del día anterior al hotel, su madre había reservado la habitación hacía dos meses porque quería asegurarse de que su hija iría.

No era su intención llegar al pueblo, debía dar una conferencia en la Universidad Popular y luego quería tomar sol y bañarse en la playa, pero ahora estaba a 30 km de la Universidad y de la playa.

Observó las caras de la gente que estaba sentada y los que paseaban. Alguno de ellos sería un pariente, sí conociera todos sus apellidos quizá podría buscar en alguna guía telefónica los posibles primos. Al irse del pueblo su madre rompió con todo su pasado y sólo le contó que los parientes, al estar su padre en la cárcel, desaparecieron de su entorno. Sus abuelos nada le habían contado sobre su familia.

Resu, la madre de Marisol, dejó de insistir y colgó el teléfono. Su hija estaría paseando o tomando algo fresco después de visitar el cementerio. Se acomodó en el sillón que con los años había tomado la forma de su cuerpo e intentó recordar. No lo hacía con claridad, como si todo lo sucedido hubiese barrido los recuerdos de su infancia y su juventud, sólo recordaba el papel en su mano mientras gritaba por la calle.

Se había enamorado a los quince años de Carles, tenía diez años más que ella, una gran fuerza y una enorme sonrisa. Visitaba con frecuencia a su padre, Alfonso le prestaba libros y le recomendaba lecturas. Carles, de familia modesta, sólo había

podido asistido a los cursos para aprender a leer, escribir y moverse sin dificultad en las cuentas. Ayudaba a su padre en los arrozales, ocho fanegas en total que tenían que dar de comer a una familia de siete hijos, Carles era el mayor y sobre él recaían demasiadas responsabilidades.

En cada visita Carles traía en una cesta una calabaza, algunas cebollas, algún tomate, varias naranjas o cualquier otra cosa de la huerta familiar que su madre preparaba con esmero como agradecimiento al aporte en conocimiento y al préstamo de los libros. Alfonso sólo contaba con su sueldo de maestro y un pequeño arrozal y cada cesta era recibida con enorme alegría ya que en esos años 40, donde no existía casi el dinero y los productos de la tierra eran un lujo, la cesta de Carles representaba la comida de media semana de la pequeña familia. Su arrozal de tres fanegas, lo llevaba el muchacho con su padre, ya que limitaba con los suyos.

En 1945 Carles pidió permiso a Alfonso para acompañar a Resu los domingos a misa y dos años más tarde se casaron.

Carles mudó sus pertenencias a la casa del suegro y siguieron discutiendo de libros hasta que en 1949 la Guardia Civil fue a buscarlo una noche. Un vecino, obligado por sus deudas con uno de los grandes, tuvo que delatar a alguno de los rojos del pueblo y nombró a Carles.

Resu había tenido a Serafín hacía seis meses. Se acercó al cuartelillo por la mañana temprano con el niño en brazos, le explicaron que había sido enviado a la Cárcel Modelo de Valencia y que al día siguiente le indicarían el tiempo que permanecería preso, fueron dos años y tres meses porque el vecino se retractó de la denuncia y desapareció del pueblo.

Serafín tenía un año y era un niño tan alegre como su padre, cuidado por su madre y sus abuelos.

Sus suegros traían la cesta pero la falta del trabajo de Carles había mermado sus ingresos y no podían entregarle ni una peseta. Había intentado buscar algún trabajo pero con la etiqueta de rojo de su marido era imposible encontrar algo. Vivían con el sueldo de Alfonso que apenas llegaba para comer.

Serafín una mañana despertó con mucha fiebre, el pequeño tenía dificultades para respirar y el médico diagnosticó una pulmonía que sólo podía curarse con el nuevo y milagroso medicamento: la penicilina. Resu corrió a comprarla a la botica y le indicaron que el tratamiento costaba 30 pesetas y debía pagarlo en efectivo cuando se lo entregaran.

En su monedero sólo tenía las siete pesetas ahorradas durante mucho tiempo, sus padres no podrían darle más que cinco y sus suegros dos o tres. Visitó a sus tíos y primos y logró juntar otras tres pesetas. No tenía suficiente. Su padre le entregó la escritura del arrozal para que lo hipotecara por la suma que faltaba.

Sabía que los ricos aceptaban las escrituras haciendo una hipoteca por la cantidad necesitada a devolver en un año o año medio. Y fue ofreciéndola a gritos por la calle, como había visto hacerlo a otras mujeres pero nadie salió a la calle, no se abrió ninguna puerta.

Serafín murió a la semana siguiente. Lo enterraron en el viejo cementerio y Resu decidió irse de ese pueblo y no volver jamás.

Viajó a Valencia y trabajó de interna hasta que Carles salió de la cárcel. Fueron a vivir a Madrid y con grandes dificultades emprendieron otra vida. Resu y Carles nunca volvieron.

Cuando Marisol contó a su madre que debía dar una conferencia en Gandía, ésta le hizo prometer que dejaría un ramo de flores a la entrada del cementerio recordando a su querido Serafín. Resu nunca le había hablado a su hija del pequeño Serafín. Marisol no sabía que tuvo un hermano, que aquel ramo de flores era para él.

SATURNINO PABLO

Saturnino Pablo, ensimismado en sus recuerdos, acariciaba los pétalos de una de las flores, le quitó alguna hojita seca a la planta y dejando el rastrillo apoyado en uno de los setos que teñían de verde el jardín, se dirigió presto a abrir el agua. La manga, llena de pequeños orificios, inundó con una fina lluvia los jardines refrescando el aire. El aroma de las acacias y las rosas emergió del paseo perfumando las calles estrechas y empedradas del pueblo, llenándolas de vida.

El jardinero seguía con dedicación el crecimiento de las plantas más pequeñas, les cantaba, incluso conversaba con cada una de ellas; alguien le había dicho que oían y respondían con verdes y alturas a ese tratamiento.

Miró a su alrededor, algún pequeño perro había dejado su rastro sobre las margaritas y eso lo enojaba. Buscó con la mirada a algún paseante, con acompañamiento canino, pero era evidente que se había ocultado, seguro del acto villano, no del can sino de la negación de recoger los excrementos.

Nació en Lavapiés en 1925. Encarna, su madre, era una lavandera con brazos y voz fuerte. Su padre, un trabajador ferroviario, respetado por sus compañeros por su gran honestidad y sus fuertes principios. Cuando acompañaron con llantos a D. Pablo en 1925 hasta el cementerio de la Almudena, Saturnino padre juró sobre la tumba que educaría a sus hijos como verdaderos socialistas y que pondría su nombre al primer hijo que iba a nacer en esos días. En aquel entonces, no podía imaginar que, declarada la república, una noche en el camino de vuelta a casa recibiría una paliza que lo dejaría muerto frente a la corrala. Ya tenían cuatro hijos.

En 1937 Encarna decidió enviar a sus hijos a un pueblo de Valencia. En Madrid no estaban seguros, apenas tenía comida y quería participar en la defensa de la ciudad. Los acompañó al tren y a cada uno le entregó una pequeña bolsa que contenía un calzoncillo, una camiseta y un par de calcetines.

El viaje se hizo largo y cansado pero eran muchos los niños que bajaban hacia el Levante; al llegar a Carcaixent cambiaron de tren, tenía tres o cuatro vagones. Cuando llegaron a la estación la tartana estaba esperándolos, la bienvenida fue tan cariñosa que les hizo olvidar el dolor que les produjo dejar la familia tan lejos.

Los padres adoptivos les prepararon camastros, ropa nueva y comida suficiente para dejar de oír los ruidos de sus estómagos vacíos.

La moneda que Saturnino Pablo recibió, al asumir el mando de la expedición de sus hermanos y que sólo debía gastar en caso de extrema necesidad, quedó guardada en un pequeño monedero que María, su madre adoptiva, le entregó.

En el pueblo pasaron tres años. Fueron a la escuela y aprendieron a cuidar los naranjales, recoger la fruta y mojarse en la Font Gran en las fiestas de agosto.

Ana Pabla fue llamada Nanneta, le gustaba estudiar y sus padres adoptivos le prometieron que le ayudarían a ser maestra.

Tomó el trencito hasta Carcaixent y desde allí a Madrid, Saturnino Pablo tenía 16 años. Era un muchachote con largas piernas y brazos tostados por el sol. Quería ser ferroviario como su padre, había caminado muchas tardes los dos kilómetros hasta la estación en el cruce.

Se quedaba horas observando a la gente subir y bajar, era un pequeño tren a carbón, fue tal su empeño en emprender la aventura del viaje que su madre adoptiva le preparó un pequeño almuerzo, le dio unas monedas y esa tarde pudo ver el mar.

Se acercó al maquinista y le contó la historia de su padre, éste le permitió acompañarle en su viaje de ida y vuelta. Imaginaba ser quien cargaba el carbón, tocaba la campana y se llenaba de tizne y así llegó a Simat, con la cara negra como el carbón que había acariciado durante el viaje de vuelta.

Decidió que ése era su futuro: cuidar el vapor, protegerse con un enorme mandil de los terrones de carbón y achispar el fuego.

Terminada la guerra, volvió a Madrid donde su madre le explicó que por un tiempo debía olvidar el origen de su segundo nombre y el trabajo en un tren. Sería Saturnino, sólo Saturnino. Había hablado con compañeros de su marido y le habían dicho que ahora era imposible colocar al muchacho en el ferrocarril de Madrid.

¾ Sólo será por un tiempo. Esto cambiará, vendrán a defendernos y él morirá ¾ le susurró su madre.

Sabía de qué le hablaba su madre porque le había explicado como su padre fue asesinado por los que no querían a los ferroviarios honestos y él debía continuar sus sueños.

Lo importante era conseguir un trabajo y le encontraron uno, ayudando en la Casa de Campo a limpiar malezas y plantar árboles.

Al regresar, mientras comía un trozo de pan, se detenía en la Quinta de Goya para ver salir el tren hacia Aranjuez. Luego, soñando con su trabajo de maquinista, volvía a su casa.

Una tarde su madre le entregó una carta llegada desde Valencia, el señor Paco le escribía contándole que en su trabajo en el tranway a Denia necesitaban un joven para revisor. Su trabajo consistía, además de controlar los billetes, ayudar cuando llegaba la cuesta del Portixol.

Algunos bajaban para estirar las piernas mientras el tren subía lentamente, nadie olvidaba aquel día en que todos tuvieron que empujarlo hasta la cima ni las veces que llevaban bueyes para hacerlo más rápido.

Acompañó a Paco y se hizo hombre en sus viajes de ida y vuelta, allí conoció a su mujer y llevó a sus pequeños para que sintieran su emoción hasta que las altas autoridades decidieron dejar de dar el servicio a finales de 1969.

Durante esa época Saturnino Pablo casó con Carmen, una jovencita simatera, alegre y protectora. Subía una vez por semana a Carcaixent a entregar y recibir trabajos de bordado, hacía pañoletas para trajes de fallera. Sus ramilletes de flores eran rápidamente reconocidos por la delicadeza de los puntos y los colores.

Tuvieron tres hijos Ferrán Pablo, Jaume Pablo y Oliver Pablo que con el tiempo comenzaron de ayudantes en el ferrocarril de Valencia y recorrieron toda España.

Reconocía rápidamente las huestes de su padre, por el cuidado en la elección de las palabras y el libro entre las manos callosas y muchas veces sucias de la tierra de las huertas y la sonrisa desencajada.

Olía el miedo cuando algún guardia civil subía al tren y en más de una ocasión, cuando todos habían bajado, encontraba pequeñas octavillas dobladas o algún libro, dejado precipitadamente debajo de una banca.

Estos hallazgos formaron poco a poco su pequeña biblioteca, libros que se fueron ajando por el paso del tiempo y la caria de sus dedos que de tanto leerlos se iban llevando la juventud de las hojas, el negro sobre blanco del papel.

Todo se acabó cuando decidieron sacar el servicio.

Entró a trabajar en el ayuntamiento primero como peón para todo y voz pública. Carmen tuvo que dejar el bordado, sus ojos ya no soportaban esa tarea tan delicada.

En noviembre de 1975 volvió a utilizar sus dos nombres con orgullo, ese día cogió por primera vez una terrible borrachera y cuando pudo despejarse reveló a sus hijos cómo murió su abuelo.

Con el tiempo fue el jardinero del pueblo, mientras cuidaba su pequeña finca de naranjos y cuando quisieron jubilarlo decidió que sólo pararía el día de su muerte. Como el tren que tanto había querido.

Miró el verde intenso de los setos, el naranja de las margaritas, el rojo de las rosas que se alzaban vencedoras por la pérgola de metal y sonrió mientras oía el recuerdo lejano del silbato agudo y melancólico del tren, de aquel viejo tren que paseaba por su memoria entre verdes, naranjas, rojos y morados. Al fondo la manga seguía humedeciendo el aire mientras el perfume de las flores se mezclaba en su memoria con el olor del carbón.

SILENCIO DE REDONDA

...“Yo me encontraba en un laberinto de escaleras. Este laberinto no estaba cubierto en todas partes. Subí; otras escaleras me condujeron a las profundidades.

En un descansillo de una escalera me di cuenta de que había llegado a una cima montañosa. Se abrían allí una amplias vistas de toda la zona. Vi a otros que estaban en otras cimas montañosas. A uno de estos otros le entró de repente un mareo y cayó por el precipicio. Este mareo se fue extendiendo; otros hombres iban cayendo de otras cumbres a las profundidades. Cuando yo también me vi atacado por este mareo, desperté.”

Anotaciones 1933-1939

Walter Benjamin

Tenía dieciséis años. Se agolpan en mi cabeza los recuerdos de esos terribles meses.

El viaje a París con mamá y la tía Vita, la llegada a casa de tía Stein y el strudel que había preparado para nosotros y que devoré sin lavarme las manos.

La búsqueda de un apartamento con Daniel, el primo Stein, una habitación-cocina con un baño dos plantas arriba para todo el vecindario. La mudanza con las colchonetas y la música...

La música se oía por la pequeña ventana: un violín y un piano tocados en el edificio contiguo, que aprovechaba para hacer mis ejercicios apoyando mis manos sobre la pequeña mesa. Esa música que tres días después se transformó en un largo silencio, un silencio de redonda, decía mi madre, cuando se llevaron a los intérpretes al Cuartel y no volvieron.

Y las lágrimas de mamá cuando decidí cortar mi largo pelo porque al lavarlo con agua tan helada tardaba mucho en secarse, no paraba de toser y me cansaba.

Una mañana la tía Vita volvió corriendo.

$\frac{3}{4}$ Debemos irnos, no podemos seguir aquí.

Recogimos sólo las bolsas. Uriel Valls nos esperaba en la estación del tren dispuesto a llevarnos a otro lugar más seguro y con él llegamos a Port-Vendres.

Nos dejó en compañía de tía Lisa que nos alojó en una casa vecina con tía Eva.

Y desde allí la travesía cruzando la montaña hacia España. A mitad de camino nos encontramos con el viejo profesor, que había pasado parte del día solo, oculto bajo unas hojas, no hablaba demasiado pero era muy educado y servicial .

Parecía enfermo o agotado apoyándose en el hijo de la Sra. Gurland para caminar, deteniéndose cada diez o quince minutos a respirar. Yo tenía mucho frío y se helaban las lágrimas en la cara, sacó de su viejo portafolios un gran pañuelo y las secó:

— Perdone, estimada Señorita, permita que le seque las lágrimas, tengo una colección de juguetes y muñecas lloronas, bueno....tenía, ahora estarán seguramente

en Londres, pero ninguna tenía lágrimas parecidas a las tuyas, quizá la del tutú azul.

Luego lentamente dijo $\frac{3}{4}$ *Se trata de hacer de una lágrima un pañuelo, de una poesía un pañuelo.*

Guardó su pañuelo en mi bolsillo y seguimos andando, esta vez apoyándose un poquito en mí.

Al llegar al Hotel, por la tarde, tomamos juntos un té muy caliente y siguió contándome sobre sus juguetes; parecía no querer dar importancia al hecho de que nos querían devolver a Francia.

Susurró si podía acercarme a su habitación más tarde porque quería pedirme algo.

Cuando finalizó su explicación, me abrazó y rogó que no lo olvidara.

Un nudo me quebró la garganta y me saltaron las lágrimas. Me tomó las manos con el mismo gesto que pidió a tía Lisa permiso para tomar un trocito de tomate en el camino y dijo: Escriba a mi amigo, sé que le ayudará.

Mi madre, que paseaba por el vestíbulo, me pidió que fuera a dormir. Había sido enorme el esfuerzo, doce horas caminando con pequeñas paradas para descansar.

Me senté al borde de la cama, la habitación era pequeña pero limpia.

Me quité los zapatos, los calcetines y miré mis pies, mi mayor fortuna, doce años moldeándolos con las clases de ballet, habían sido delgados y elásticos y ahora aparecían hinchados, rojos y llenos de lastimaduras en las plantas, en los talones...

No quise mirar más, me envolví en la manta y sin desvestirme intenté dormir.

Me despertaron las voces: la Sra. Lippman, su hermana la Sra. Birman y la Sra. Gurland gritaban.

El profesor había muerto. El médico escribió en el certificado como causa: ataque de apoplejía, no quería problemas. Vino la policía, luego el alcalde y un juez y acompañé a la Sra. Gurland a buscar un sacerdote.

Me pidió que nos arrodilláramos con él a rezar; yo no sabía hacerlo porque no entendía lo que había que decir o hacer y además no podía dejar de llorar recordando lo que me había pedido.

Saqué su pañuelo y repetí rezando su frase *"...hacer de una lágrima un pañuelo..."*.

Apenas comimos, no sabíamos que nos pasaría.

Al día siguiente vinieron los gendarmes a buscarnos. Ordené lo mejor que pude mi pequeña bolsa, coloqué encima mi ropa interior y los otros zapatos.

Mamá y la Sra Lippmann de tanto repetir a los gendarmes que no nos volveríamos a la frontera nos llevaron al campo de Figueras; sabíamos que la Sra. Gurland estaba arreglando todos los papeles comerciando lo que podíamos pagar por los visados y finalmente nos los dieron.

Viajamos por fin a Barcelona y luego de recorrer toda España en tren pudimos tomar el barco para América.

Ya en Buenos Aires nos esperaba tía Elisa para llevarnos a su casa.

Llegamos a Avellaneda y pudimos, por fin, descansar.

La familia nos recibió con mucho cariño. Las chicas nos regalaron algunos vestidos y sombreros, ropa interior y después de un tiempo entendíamos el español.

Nos buscaron una pequeña casa y pagaron el alquiler.

Quisieron que estuviera cercana de la suya, en la calle 9 de julio, para que nos sintiéramos seguras.

Mamá comenzó a dar clases en el Kindergarden de la calle San Martín, mientras intentaba cada día hablar mejor.

Mis primas me llevaban a fiestas y reuniones; pocos me preguntaban lo que me había pasado. Eran cariñosos y solidarios pero parecían no querer hacernos recordar los malos momentos.

Pronto pudimos prepararnos para recibir a los Stein, que llegaron en un barco desde Marsella y darles hospedaje en casa.

Daniel había crecido. Ya no era el jovencito granoso y desgarrado que había cargado las colchonetas y ahora era yo su intérprete y guía por la ciudad.

Recibíamos pocas cartas. La Sra. Lippmann nos escribía desde Nueva York, había visto a la Sra. Gurmman, le había contado que había dejado pagada la tumba del profesor por cinco años pero al pasar por Port Bou la Sra. Arendt la había buscado y no había ninguna con su nombre.

Daniel y su padre trabajaban en la sastrería del Señor Richter y una tarde mientras paseaba con Dany por Crucecita me dio un beso, el primer beso de tu padre.

Lo que sigue de la historia lo conoces. Te envió esta carta porque creo que debes hacerte cargo del paquete que te adjunto por correo separado.

Imagino que andarás con miles de preocupaciones entre la mudanza, el cambio de clima y los papeles que tendrás que arreglar. Todos me dicen que en Madrid estarás más segura que aquí.

El asunto es que los doctores han dicho que debo hacer reposo absoluto porque mi diabetes se ha agravado y tengo una pierna con una herida que no se cierra.

Sabes que soy muy aprensiva y aunque dicen que de ésta no me muero, quiero dejar todas mis cosas bien ordenadas.

Pero vuelvo al paquete; cuando entré a la habitación del profesor estaba envolviendo en un papel de periódico, cogido del hotel, unas hojas escritas mientras decía:

¾ ...fines justos pueden ser alcanzados con medios legítimos, medios legítimos pueden ser empleados para fines justos, ¿por qué utilizan tanta violencia?

Esas palabras las repetía sin cesar mientras terminaba de atar con una cuerda el paquete.

¾ Estimada Señorita, estoy muy cansado y me temo que no podré continuar este viaje pero quisiera rogarle que cuide de este paquete hasta que lo envíe a un amigo mío. Vive en Israel, en este papelito, que no debe perder, tiene sus datos y espero que cuando termine esta violencia dominante que nos gobierna pueda hacerse cargo de mi manuscrito. Aunque pase mucho tiempo le ruego que no lo pierda ni

destruya, guárdelo, de alguna manera será recompensada. Puede leerlo, pero le suplico que no cuente a nadie que lo tiene y cuando pase todo esto póngase en contacto con mi amigo.

Con su pañuelo, sobre el que lloré su muerte, envolví el paquete y lo guardé en el fondo de mi bolsa y así viajó hasta Avellaneda pero perdí el papelito, no sé cuándo ni cómo pero no lo encontré y yo con el paquete del profesor sin poder entregarlo...

No conté a nadie de su existencia, había hecho una promesa.

Ahora no sé qué me pasará y tienes que hacerte cargo de él. Tú has estudiado y quizá sepas cómo hacerlo llegar a quien corresponda, trátalo con mucho cariño y hasta que no estés segura no hables de él a nadie.

Un beso de tu madre que te quiere mucho.

EMILCE

Tenía yo veintiún años, entré a ver *Día de Fiesta*, de Tati, al cine Lorraine y se cortó varias veces la cinta, las copias eran viejas y en cada corte un muchacho de una fila de butacas delante de la mía, me sonreía. No me pareció normal, me sonreía...

Salí al finalizar el filme y caminé por la calle Corrientes entrando en todas las librerías y cuando estaba revisando un libro de Vargas Llosa, una voz me preguntó si me gustaba el autor, era el sonreidor del cine. Así comenzó mi primera historia de amor: el Lorraine, Tati y la calle Corrientes.

Qué lejano me parece todo, la lejanía que dan treinta seis años de distancia. ¿Tiene el libro?

Escribí los poemas dos años después, el joven reidor o sonreidor desapareció un día, sin dejar rastro después de dos años, sabía que andaba en luchas libertarias, yo también lo estaba pero en caminos diferentes, no malentienda, igual ideología pero diferentes ámbitos. Desapareció un día sin llamarme y entré en una depresión profunda.

Mi médico consideró que una forma de sacarme del caos, era hacerme recopilar los poemas que había escrito a mi gran primer amor, darles un nombre y enviarlos a la Casa de las Américas para participar en su concurso de poesía.

Así ocupé mi tiempo libre retocando los poemas con claras influencias borgianas, guillenanas (de Nicolás) y pavesianas, hasta que consideré que estaban presentables y los pasé en limpio, cosí sus hojas delicadamente y los entregué al buen Doctor que me aseguró se encargaría de la tarea burocrática, el envío a La Habana.

Guardé una copia que ha viajado conmigo durante estos años, 33 mudanzas entre Roma, Florencia, Londres y Madrid.

Al terminar el libro me sentí mejor, no creía que ganaría el premio pero tenía la idea mágica que de alguna manera él llegaría a leer los poemas.

Una tarde, cuando estaba preparándome para participar en un recital de poetas, sonó el teléfono, era Eduardo; hacia dos años que no lo veía y uno que había entregado el libro, había leído el anuncio en algún periódico y me contaba que estaría presente en el recital.

Estuvimos juntos toda la noche, no explicó su silencio ni yo hablé del libro y por la mañana nos despedimos como si al día siguiente volveríamos a vernos. Fui enormemente feliz.

Me mudé a la capital, cambié de trabajo y siguió el silencio.

Hablaba y lloraba a mi amiga Lorena hasta que ésta, harta de mis lágrimas, me dijo que investigaría si alguien, con sus datos, era lector de la biblioteca universitaria donde trabajaba.

Una mañana, qué sábado más lluvioso, me dio una dirección y un teléfono, vivía a diez calles de la mía. Me vestí apresuradamente, entre los gritos de mi hermana que decía que estaba loca por meterme en esta aventura, y fui al edificio. Toqué el timbre y aprovechando que alguien salía me introduje corriendo, subí hasta

la tercera planta y volví a tocar el timbre, una voz femenina y una masculina a coro preguntaron quién era.

Me acerqué a un teléfono público y desde allí lo llamé, no sé qué le dije pero tomó nota de mi dirección y prometió ir a verme esa tarde. Me explicó que su vida era muy dura porque estaba metido en la lucha política y no quería tomar ningún tipo de compromiso, que me quería mucho pero... que había pensado en algún momento en casarse conmigo pero... Lo escuchaba, lo miraba y asentía llorando, no le conté lo del libro, no le dije cuánto lo quería.

Se fue.

Tenía veinticinco años y había tenido un novio durante dos años y había llorado tres.

No crea que lo olvidé, seguí amándolo sabiendo que a pocas calles de la mía seguiría viviendo pero no me atreví a volver a esa casa.

Le cuento que volví a verlo otra vez, una tarde caminando por la calle Corrientes, se detuvo, me besó y me invitó a tomar un café y volvió a repetirme lo mucho que me había amado pero la lucha era la lucha y no quería poner en peligro mi seguridad.

Pasó el tiempo y debido a un despido del trabajo, el ambiente terrible premilitar que me rodeaba y la necesidad de buscar otros aires, me vine a Europa.

En 1977, en Madrid, hablando una noche con un amigo argentino de las desventuras del amor, le conté mi historia y después de hacerme varias preguntas sobre él me dijo lentamente:

—Lo conocí, me han dicho que lo mataron en Córdoba pero no hay rastros; su mujer ha buscado por todas partes, no sabe qué decirle a sus hijos.

Hoy es dos de diciembre, he buscado el ejemplar de La ciudad y los perros que me regaló y no lo encuentro y como siempre, en el día de su cumpleaños, leo unas líneas, ¿me puede decir si lo tiene?

—¿Señor, me atiende por favor?

EL ARMARIO

A Antonia de J. Corrales

Tuvimos que salir de Madrid porque la situación económica era imposible.

Teníamos un alquiler demasiado alto y mi marido esperaba el subsidio para mayores de cincuenta y dos años, con una tramitación que ya llevaba seis meses en la Oficina de Empleo. Decían que se resolvería muy pronto. La respuesta se repetía al mes siguiente, supimos luego que faltaba un papel, pero, como no revisaban el expediente, la situación se alargaba.

Cuando mi contrato de trabajo terminó, supe que no teníamos otra solución.

Con amigos, hicimos la mudanza. Ollas, platos, ropa, la perra y los dos gatos viajaron con nosotros hacia Rascafría. Los que nos rodeaban decían que nos íbamos a buscar un ambiente menos contaminado.

—Ganaréis en calidad de vida —exclamaban. Esta frase la escuché dos mil setecientos once veces...

Contábamos sólo con nuestros deseos de sobrevivir, mi subsidio de desempleo y el de mi marido, si algún día llegaba, hasta que encontráramos trabajo.

Del piso con calefacción central, armarios empotrados y agua caliente, nos fuimos a una casita baja, con una chimenea rota que apenas daba calor, y sabíamos que, en los primeros meses, no tendríamos dinero para leña.

La poca que recogíamos, tirada por el campo, apenas nos calentaba. La sopa que salía caliente de la olla, al pasar del cucharón al plato, se transformaba en una especie de gazpacho sin tener que buscar cubitos de hielo.

Era un invierno cruel.

Había caído nieve y su manto no era demasiado grueso, pero sí duro a causa de las posteriores heladas.

Nos abrigábamos bien y salíamos a caminar por la mañana recogiendo las ramas tiradas por el camino, rodeados por la Morcuera y Peñalara. Los arroyuelos vertían lentamente su agua al Lozoya y las cigüeñas, definitivamente empadronadas en el valle, pescaban lo que podían en los ríos.

Esas caminatas subiendo por Las Suertes o acercándonos a las Presillas nos producían una sensación de enorme paz interior que nos hacían creer que nuestras angustias materiales pronto se resolverían.

Por las tardes, paseaba con mi radio y mi perra bajando por los Cascajales, cruzaba el puentecito sobre el Artiñuelo o me paraba a charlar con Lucrecia, rodeada de gatos. Era la hora en que el marqués, al verme, hacía pitar su camión.

Al levantarnos, oíamos, con el canto de los pájaros, las voces de las vecinas que salían a charlar a las puertas bajo la tibieza de un pálido sol.

Nuestra ropa fue ordenada sobre unos tabloncillos separados con ladrillos, pues no teníamos armarios.

Todas las noches, sentada en la cama, pedía, sin ningún rito, dos cosas a Dios: leña y un armario donde colocar nuestra ropa.

Los tablonos me producían una sensación más terrible de pobreza que la confección de la comida, consistente generalmente de lentejas: lentejas guisadas, lentejas con fideos, lentejas en ensalada, crema de lentejas y otra serie de platos parecidos.

Y todo eso gracias a que nuestra querida vecina Inma, al despedirse, nos había regalado una bolsa con siete kilos de lentejas de su pueblo.

Volveré a hablar en otro momento de las lentejas, pero ahora subrayo esa sensación de desazón casi torpe de movimientos, ese lagrimeo lento, esa impresión pordiosera que sentía ante los tablonos forrados de papel pero tablonos al fin.

Una mañana, tocó nuestro timbre el amigo Paco. Traía una estufa redonda de leña y nos pidió que lo acompañáramos a la furgoneta.

Descargamos un tubo de metal, una gran cantidad de leña, tres jaulas con gallinas negras y una bolsa de 25 kilos de pienso.

Nacidos ambos en una ciudad, nos enfrentábamos a la delicada tarea de cuidar unos animales que, en mi caso, habían sido tratados siempre "corpore insepulto", para transformarlos en comidas apetitosas.

Nuestra vida cobró una nueva dimensión con esa necesidad perentoria diaria de abrirles, darles de comer y limpiar sus jaulas transformadas en un gallinero.

Nuestra formación intelectual no cubría los conocimientos avícolas.

¡Tan preparados nos habíamos sentido para la vida y ahora no sabíamos nada de nada!

Solicitamos varios libros en la biblioteca de Rascafría y visitamos al hermano Javier en el Monasterio de El Paular. Sabíamos que con su maestría nos prepararía en la dificultosa tarea de empresarios avícolas y no faltaban las mil preguntas a nuestro amigo Juanito, el del bar, que nos regalaba inmensas bolsas de pan duro.

Ahora comíamos huevos con lentejas calientes, cerca de la estufa. Los huevos restantes los vendíamos a los turistas que pasaban. Pronto comprendí que el futuro de mi armario estaba en las gallinas.

El frío se fue. La primavera y el verano nos encontró con nuestras gallinas negras, un gallo muy ágil debido a las maratones que le obligaba a realizar nuestra perra y el subsidio de mayores de cincuenta y dos, que todavía no llegaba. Tampoco aparecieron otras alternativas de trabajo.

Los paseos fueron más largos. Subíamos por el camino hacia la carretera de la Morcuera y nos acercábamos hasta el puesto de vigilancia de El Espartal, donde un lugareño portando una emisora nos saludaba alegremente.

Allí fue, recordando la sonrisa cariñosa de Lucrecia y la solidaridad de algunos de los vecinos, cuando, entre las lagartijas, los buitres y las cabras, entre el perfume del romero y las rosas caninas, entre las fresas silvestres y las moras, mi armario quedó relegado a unos tablonos de madera forrados de papel y entendí que sólo debía pedirle a Dios que no me alejara de este paraíso.

El tiempo pasó, llegó el subsidio y luego la jubilación, y un día no tuvimos más remedio que dejar el valle, pero mi marido me pidió que, si moría, quería que sus cenizas se esparcieran por el río Lozoya.

Una mañana abrí la urna y, sobre el puente de madera de la Isla, fui depositando lentamente sus cenizas sobre el río que él había amado tanto.

LA AUTORA



Adriana Serlik nació en 1945 en Avellaneda, (Rca.Argentina). Estudió música, magisterio y bibliotecología. Ha publicado *Improntus 6* (Buenos Aires, 1968), *Los espejos* (Buenos Aires, 1972), *Desde nosotros, los niños* (Madrid, 1978), *La Silla de paja* (Madrid, 1984), *Poemas del amor y la soledad* (Madrid, 1996), *Andaremos, amor andaremos* (Pontevedra, 2005), *El gran devorador y otros relatos* (Pontevedra, 2006) y *La esfera dorada* (Pontevedra, 2006). En 2001 crea la web "La lectora impaciente" de literatura y arte (www.lalectoraimpaciente.com) que convoca anualmente Certámenes Internacionales de Poesía y Relato Breve, cuyos trabajos premiados

publica en libros en formato electrónico. Nacionalizada española desde 1985, actualmente reside en Gandía. (Valencia).